

INTRODUCCIÓN

El tiempo y la palabra: la vida heroica de Luys Santa Marina

Pedro José Grande Sánchez

Luys Santa Marina (Colindres, Santander, 1898 – Barcelona, 1980). Autor maldito, silenciado por unos y por otros, su vida tuvo mucho de misterio y de leyenda, como los personajes que pueblan sus obras, como las frases y palabras que utilizó el escritor para describir las grandes gestas de los héroes olvidados de nuestra historia. Él, que dedicó varios libros a recopilar textos de los principales escritores de los siglos XV, XVI y XVII en *La vida cotidiana en nuestros clásicos*; que llegó a reunir un fichero con más de 85.000 papeletas de léxico de la Edad de Oro; que fue autor de varias antologías dedicadas a Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús, Baltasar Gracián, Quevedo, así como traductor de obras de Chesterton, Rudyard Kipling y Aldous Huxley, entre otros; ha terminado sufriendo la misma suerte que sus amados clásicos:

Sorprende –escribía Santa Marina en *La vida cotidiana en nuestros clásicos*– cómo un campo tan extenso y fértil [...] ha sido sistemáticamente olvidado; casi todo está por hacer, y me parece, por lo ingente, labor de un grupo, y numeroso, mejor que individual.

Quizá conviniera durante algún tiempo olvidar un tanto nuestra obra personal – como todo lo por hacer, aleatoria– y dedicarnos a la busca de lo olvidado sin saber por qué. Acaso las vanidades padeciesen, pero nuestra Patria y el Mundo Hispánico ganarían sin duda alguna, y esto, a fin de cuentas, es lo que debe de importarnos.

Por eso mismo, desde la colección de *Autores del Pensamiento Hispánico* de SND Editores, lo único que nos importa es buscar lo olvidado, recuperar a los escritores menos recordados para que nuestra Patria y el mundo Hispánico puedan reencontrarse con su herencia y raíces históricas.

La trilogía que aquí presentamos –más de 1.000 páginas– recopila por primera vez los trabajos más destacados de Luys Santa Marina. Sus libros, hoy totalmente desconocidos para muchos lectores, contienen las esencias de la identidad española. Escritos, muchos de ellos, como si hubieran salido de la pluma de un escritor de la España del Siglo de Oro, la mejor época de nuestro idioma según nuestro autor. Estas obras tienen la virtud de adentrarnos en los tiempos de la reina Isabel la Católica y de Juana de Arco, del Gran Capitán y la toma de Granada, de Martín Vázquez de Arce y de Cisneros, de Alonso de Monroy y los conquistadores, de los Tercios y, más recientemente, de la Legión española. En definitiva, páginas que nos evocan un pasado muy alejado de nuestra España actual.

Su literatura compagina la arcaizante formación clásica –extraída por nuestro autor de sus lecturas apasionadas del mundo antiguo– con la violencia y la robustez árida de la vida que él mismo encarnó. Su estilo y dominio de la lengua de Cervantes resultan únicos y absolutamente inigualables. En sus páginas se funden la poesía con la narrativa. No hay edulcorantes, ni rodeos, todo es exceso en la literatura de Santa Marina. Su obra no deja indiferente a nadie.

El lector tiene entre sus manos un tesoro, pero su lectura –como todo lo que vale la pena en esta vida– no se hará sin esfuerzo. Con esto, no queremos desanimar a nuestros lectores, sino sólo a los impacientes que aborrecen la Cultura, es decir, a los despreciadores del trabajo y sacrificio, a los que reniegan de los valores fundamentales que han surcado la Tradición.

Sin duda, Luys Santa Marina parece un personaje más sacado de uno de sus libros. Luis Narciso Gregorio Gutiérrez Santa Marina, que era como se llamaba, modificará su nombre adoptando la *y* griega. Su vida fue «una paradoja –como escribirá años más tarde Ridruejo– hablando parecía un fanático y actuando resultaba un liberal». Había algo de extraño y atractivo en su existencia austera y espartana. Y Guillermo Díaz-Plaja describirá al personaje de la siguiente manera: «Ya por entonces asomaba su ascetismo. Vegetariano –los del Ateneo decían que por Navidad mataba una coliflor–, austero, vivía en una buhardilla de la calle Fernando, rodeado de libros de literatura mística castellana y de historia de las guerras carlistas y de toscos ficheros donde agrupaba palabras que tomaba de la lectura de los clásicos».

Luys Santa Marina estudió Bachillerato en Santander e inició la carrera de Derecho en la Universidad de Oviedo. Y aunque pronto viajó a Madrid, desde 1925 la ciudad en la que pasará el resto de su vida será Barcelona. Alistado a la Legión, el joven santanderino participó voluntariamente en la guerra de Marruecos, relato que algunos han puesto en entredicho. Fruto de sus vivencias publicará en 1924 su primer libro: *Tras el águila del César. Elegía del Tercio* (1921-1922). Obra prohibida por todos los regímenes políticos del siglo XX y por la que el autor será condenado a muerte al comienzo de la Guerra Civil española. El libro fue catalogado de inmoral, ya que exaltaba los acontecimientos vividos en la contienda, pero como dijo su autor: «Todo esto está muy bien, pero la Legión salvó a Melilla con toda su gente; y dentro de cincuenta años, cuando ni usted ni yo vivamos, este libro será historia. Y creo que tenía razón».

El crítico José María de Salaverría reseñó en el ABC (Madrid) que además de las «descripciones de horror y de muerte» el libro posee «escenas de campamento, pintorescos episodios entre hombres que son como tigres, y que se tributan, sin embargo, una honda amistad, brusca y llena de ternura...». Y es que los valores del héroe, del honor, de la lealtad y camaradería, abundan entre sus páginas. Ideales de un mundo fenecido que el autor elogiará para ensalzar la pertenencia a una comunidad vital e histórica.

En 1927 aparecerá su segunda obra con el título *Tetramorfos*, aunque incluía también *Domus*. Santa Marina adoptaba en este trabajo una línea más vanguardista pero sin olvidar la campaña africana a través de las aventuras del oficial César Gustavo de Gimeno. Por su parte, *Domus* consistía en una colección de poemas en prosa a medio camino entre lo alegórico y lo profético.

La obsesión del autor por la paremiología, tímida en sus primeros trabajos, comenzará a observarse más frecuentemente a partir de los siguientes libros: la vida de *Isabel la Católica* (1928), *Labras heráldicas montañesas* (1928), la vida de santa *Juana de Arco* (1929), *Estampas de Zurbarán* (1929), escrito en colaboración con Andrés Manuel Calzada, y *Cisneros* (1933). La dirección que había adoptado su

obra estaba destinada a encontrarse con el pensamiento político de la Falange Española de las JONS. El propio escritor señaló que fue Julio Ruiz de Alda quien, tras la lectura de su *Cisneros*, ordenó de inmediato a los camaradas catalanes que le buscasen para que ingresara en sus filas, pero cuando le encontraron «ya estaba alistado en sus milicias».

Su militancia en el movimiento de José Antonio Primo de Rivera supuso la paralización momentánea de su actividad literaria. Santa Marina no era ni un escritor burgués, ni tampoco un intelectual orgánico, es decir, de partido político, necesitaba de la acción para alimentar sus ansias vitales. La máxima de Juan de Zabaleta se realizaba en él de forma perfecta: «Los hombres de pluma elocuente están obligados a la inmortalidad de la espada briosa». Pronto destacó entre los falangistas del SEU de Barcelona. Así, por ejemplo, lo encontramos en 1936 liderando un enfrentamiento contra los separatistas catalanes, pero también asumiendo la dirección de los primeros sindicatos falangistas: la CONS (Central Obrera Nacional-Sindicalista). Su liderazgo y estilo de vida en la ciudad condal – vida nocturna sin freno, acompañado de ex legionarios, anarquistas y, en general, de hombres del lumpen y sin ley– no pasó desapercibido a los jefes falangistas, Roberto Bassas y José Rivas.

Al día siguiente del Alzamiento, ante la pasividad de la cúpula barcelonesa, Santa Marina se dirigió a los cuarteles de Pedralbes –con apenas 80 falangistas– para ser armado y participar en la insurrección. Desde ese momento el escritor santanderino tomaba el mando de la *Primera Línea* de Barcelona. Pero el levantamiento pronto será neutralizado por los anarquistas y la Guardia Civil. Los falangistas que no murieron en la contienda fueron hechos prisioneros. En primer lugar, en las bodegas del buque *Uruguay* en el puerto de Barcelona, donde nuestro autor sufrió todo tipo de torturas e intentos de envenenamiento. Fue allí donde comenzó a redactar, junto a Félix García Teresa y Pidemunt, el conocido como «Himno del *Uruguay*» para levantar el ánimo de los camaradas falangistas:

*Decidiste derramar tu sangre por esta España,
que unos traidores con saña intentaron desgarrar.
No te sientas humillado, si enseguida no has vencido, tú la culpa no has tenido de que
te hayan traicionado. Solo cuando llegó el día que a las balas cayó el Jefe, sentiste
dentro del alma la frialdad de la muerte,
mas mirando a los luceros donde acaudilla su gente, brazo en alto, mano abierta,
gritaste, fiero: «Presente».*

Después será trasladado al Castillo de Montjuich y de allí pasará a la cárcel Modelo de Barcelona. Posteriormente a la de Sabadell, después a la de Figueras, a la prisión de los inadaptados de Vic, al cuartel de Ausiàs March, hasta llegar al penal de Chinchilla, donde compondrá sus poemas recogidos en *Primavera en Chinchilla* (1939). Finalmente en Valencia permanecerá en la cárcel de Mislata y en la del Monasterio de San Miguel de los Reyes, última prisión de la que Santa Marina conseguirá liberarse. Él será el encargado de dirigir la sublevación de los presos falangistas y de tomar el control de la ciudad. Cuando las tropas del Ejército Nacional llegaron a Valencia se quedaron impactados al ver el heroísmo de aquellos hombres que llevaban puesta la camisa azul.

Durante todo este tiempo, Santa Marina fue condenado a tres penas de muerte por los tribunales populares. Pero de todas ellas se libró gracias a la intervención de sus amigos anarquistas, de José Bergamín y, especialmente, del novelista republicano Max Aub, quien años más tarde, se referirá a Santa Marina como el «escritor montañés, gran amigo mío (es el Salomar de *Campo Cerrado*) en años anteriores y que tuvo influencia –no por sus obras, sí por su gusto en el evidente rebuscamiento de mi vocabulario–, de 1935 a 1942)». Luys Santa Marina, nombrado Jefe de la Falange en Cataluña, quiso lucir durante el resto de su vida tres calaveras encima del bolsillo izquierdo de su camisa azul (lugar donde está bordado el yugo y las flechas de la Falange), una por cada condena a muerte, y bajo ellas el *No me importa* –otra forma de decir el *Me ne frego* de los «camicie nere»–. Además adoptó el lema latino: *Mortui morituros speranti* (los muertos esperan a los que van a morir) para sus centurias.

Después de la guerra reanudó su actividad literaria. Publicó su *Retablo de Rena Isabel* (1940), trabajo que después de su segunda pena de muerte y estando preso en el Castillo de Montjuich (1937), confió a un camarada con la intención de reagrupar el libro que había sido publicado en diversas revistas. Y en los años siguientes aparecerán: *Halladas* (1940), *Italia mi ventura. Últimas guerras del Gran Capitán* (1943), *Las nubes de antaño* (1944), *La vida cotidiana en nuestros clásicos* (1948), *Perdida Arcadia* (1952), *Karla y otras sombras* (1956), *Alonso de Monroy* (1957), *Hacia José Antonio* (1958), y *Ada y Gabrielle* (1959).

El autor que ya había publicado en revistas culturales como la *Revista de Occidente* de José Ortega y Gasset, y *Cruz y Raya* de José Bergamín, entre otras, tras la Guerra civil se ocupó de dirigir el semanario falangista *Solidaridad Nacional* hasta su fin en 1963. Se trataba del último periódico editado bajo la Jefatura de José Antonio y dirigido antes de la Guerra civil por el periodista Maximiano García Venero. Santa Marina también había fundado y dirigido, junto a Félix Ros y Max Aub, la revista *Azor* (1932-1934), y volverá de nuevo a dirigirla en su siguiente época durante el franquismo. Así mismo colaborará con otras revistas como *Escorial* y *El Español*. Durante muchos años también será el encargado de dirigir el Ateneo de Barcelona. Recordemos también que Santa Marina había formado parte de las tertulias literarias en el *Lyon d'Or* de Barcelona y cuando viajaba a Madrid en la *Ballena Alegre*.

El escritor será nombrado procurador de las Cortes por su condición de miembro del Consejo Nacional de FET y de las JONS. Sin embargo, el estado anímico que expresará en el poema titulado «Años después», denotará la desilusión y el desencanto con el tiempo vivido, aunque no con los ideales. Santa Marina se mantuvo siempre fiel al espíritu de la revolución nacional-sindicalista. Una revolución que nunca estuvo «¡tan próxima y lejana a la vez!».

La edición de las *Obras* de Luys Santa Marina reunidas en tres tomos supone la mayor compilación de sus trabajos presentados hasta la fecha. El primero de ellos reúne las obras más personales de esta trilogía. Además se incluye el testimonio de su amigo el escritor Rafael García Serrano. El segundo tomo está dedicado por completo a la vida y la época de dos de las más grandes mujeres del siglo XV y de la historia universal: la reina Isabel la Católica y santa Juana de Arco. El último tomo

lo componen los libros que –me atrevería a decir– representan los alter ego del autor: Cisneros, el Gran Capitán y Alonso de Monroy.

Se ha tenido especial cuidado en respetar las ediciones originales –subsannando los errores– y el lenguaje utilizado por Luys Santa Marina. Y para las portadas de los libros se han elegido como fondo tres estampas icónicas de la historia de España que simbolizan el contenido de las obras incluidas en cada tomo: el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, la fachada de la Universidad de Salamanca y la de Alcalá de Henares. Dejamos la asociación de imágenes a nuestros lectores.

Con el fluir del tiempo, los seres y las cosas pierden su acusado perfil, a veces bronco, a veces apacible, y van como sumergiéndose en un halo dorado crepuscular, en un mundo irreal y, sin embargo permanente, definitivo: la historia, la historia grande, la historia menuda.

Pierden los hombres la sustancia corpórea, piérdense también la mayoría de sus hechos y dichos; la muerte acaba con todo, sueños, alegrías, desengaños, dolores; queda, cuando queda, una lápida, bien pronto olvidada; se es simplemente un muerto.

Pero hubo una época –¡tan próxima y lejana a la vez!– en que solo había historia grande, victoriosa, donde el sol de la gloria envolvía a los muertos –para siempre– en una bandera esplendorosa.

Y ahora, adentrémonos en la Historia...